

Discurso de contestación de DON RAFAEL CASTEJON Y MARTINEZ DE ARIZALA al de Don Rafael Fernández González, con motivo de la recepción pública de éste, como Académico Numerario de la Real Academia de Córdoba, el día 9 de Noviembre de 1968.

Señores Académicos:

Podríamos decir, parodiando a Benavente: hé aquí el estrado de la antigua Academia: unos respetables y venerables señores sabios, un coro femenino de ilustres damas, un público erudito, un amparo gubernamental y autoritario.

Desde hace dos siglos, cuando los Borbones trajeron a España la renovación académica; desde hace más siglos, en los renacimientos sucesivos del siglo XVI que entronca la cultura europea con el clasicismo; desde el siglo XIII que asiste al nacimiento de las Universidades; desde nuestro siglo X, que inicia el trasvase de la cultura oriental a Occidente; desde San Isidoro; desde las escuelas grecolatinas; desde Platón en su Academia; desde que existe una cultura organizada en el mundo, la Humanidad transmite sus conocimientos de generación en generación.

La escuela es seminario de cultura para el niño, la universidad es molde formativo para el joven, la academia es el ánfora donde el sabio recoge los extractos del saber. En aquellos dos grados primeros, los maestros son formativos. En la Academia, los sabios aristotélicos, con intuición platónica, a estilo oriental, o con metódico raciocinio, a estilo occidental, guardan, como los antiguos sacerdotes del simbólico templo de Minerva, las esencias mismas del saber y procuran aumentarlas con sus estudios.

Y como los atletasetrasmiten la antorcha olímpica, también los sabios se transmiten de una generación a otra, antiguamente en el secreto del arúspice y luego en la clara publicidad del ágora, sus investigaciones y sus trabajos.

A nuestra vieja Academia, arca sagrada para nosotros del saber cordobés, llega hoy simbólicamente un nuevo sabio. Desde el año 1963, en que fue llamado a nuestro cenáculo académico don Rafael Fernández y González, hasta el pasado curso, en que es elegido Numerario, estos cinco

años cortos de trabajo en el seno de la corporación, han sido fructíferos para la arqueología y la historia de Córdoba, han constituido una verdadera recuperación de un hijo pródigo que iba derramando los frutos de su clara inteligencia por donde pasaba, y que hoy ya se reintegra al vernáculo hogar.

Casi fatalmente, con la fatalidad de las leyes biológicas, había de ser así. Numerosos familiares del nuevo académico, dedicados al estudio y profesionales del saber, ya habían honrado nuestra nómina académica.

Don Rafael Fernández González es hijo de Don Agilio, el director muchos años de nuestro Instituto de Enseñanza Media. Es nieto, por rama materna de Don Aureliano González, prestigioso notario cordobés, hermano del célebre Magistral de nuestra Catedral González Francés y notable publicista él mismo. Es sobrino de Don Antonio González Soriano, académico nuestro desde el año 1923 hasta su fallecimiento. Es hermano de Don Aureliano, catedrático de Instituto y también académico. Todos ellos vinculados a nuestra corporación, marcaban al nuevo compañero una indeclinable trayectoria.

Y ciertamente, antes hubiera llegado a nosotros, al ámbito tranquilo de la Academia, si no le hubiera cojido en su juventud el torbellino trágico de nuestra guerra civil, la del 36 al 39, que enmarcándole en las lides castrenses, hizo del novel Licenciado en Ciencias Químicas del año 1935 y doctor en 1936, un flamante Teniente Provisional, el cual después de las primeras graves vicisitudes guerreras del Movimiento Nacional, pasa a Segovia, donde cursa rápidamente los estudios de Artillería y sigue ya las incidencias patrias que lo marca su escalafón.

He recordado rápidamente, en esbozo biográfico, la silueta humana de don Rafael Fernández, para no fatigaros acaso con la lectura detallada de una biografía entera y de un curriculum de sus actividades que irán luego impresas en las páginas de nuestro Boletín.

Pero ni puedo ni debo haceros gracia de repasar la biografía de Don Agilio, Don Agilio a secas, que para los cordobeses ya es bastante, el padre de nuestro nuevo cofrade, porque Don Agilio, que vino de catedrático del Instituto a Córdoba, fue maestro de treinta generaciones cordobesas, la mía una de las primeras, y vivió en nuestra ciudad hasta su muerte casi cuarenta años. Y he de leérsela, en homenaje al celoso y trabajador maestro, al que fue director de nuestro Instituto más de veinte años, y al virtuoso ciudadano que compartió la vida pública con los cordobeses desde variados y significados puestos.

Don José Fernández García, era mayorazgo de una antigua familia de

hidalgos leoneses, que de tiempo inmemorial residían en el lugar de la Omañuela, enclavado en la rica y pintoresca comarca del valle de Omaña. Contrajo matrimonio el 21 de Abril de 1858, con Doña María García Suárez hija única de un acaudalado hidalgo de la comarca; de este matrimonio nacieron siete hijos, siendo el tercero (y por fallecimiento de los mayores sin sucesión fue el primero) Don Agilio, que nació en Corullón el 9 de Octubre de 1864. La abolición de mayorazgos por un lado y el deseo de educar a los hijos por otro, hizo que la familia se trasladase a Ponferrada, en cuyos Centros de enseñanza primaria y secundaria cursan brillantemente sus estudios, y posteriormente marchan los hermanos a Madrid, para completar su formación en enseñanzas superiores.

Don Ezequiel y Don Agilio hacen la licenciatura y doctorado en Ciencias Exactas, y el pequeño Don Pedro cursa los estudios en la Escuela Normal Superior, todos ellos opositan a Cátedras, que alcanzan tras brillantes ejercicios, y especialmente Don Agilio que obtiene el número uno (el dos lo obtuvo Suárez Somonte).

Mientras Don Agilio preparaba sus oposiciones, ejerció el profesorado en el Instituto de 2.^a Enseñanza de Ponferrada, siendo uno de sus primeros discípulos el inolvidable Teniente General Don Gonzalo Queipo de Llano, que hasta su muerte le guardó un gran cariño, consideración y respeto.

Por R.O. de 9 de Marzo de 1898 es nombrado catedrático del Instituto General y Técnico de Baeza, y por R. O. de 10 de Marzo del año siguiente se le confía la dirección del Centro, hasta que por R. O. de 5 de Mayo de 1902, se le destina en concurso de traslado a Córdoba. Aunque su estancia en Baeza es corta, su labor pedagógica y de organización fue inmensa, y en recuerdo de ella toma el acuerdo el Cabildo Municipal de asignarle a una calle el nombre de Agilio Fernández, y a su vez el Gobierno por Real Decreto de 9 de Julio de 1902 le concede la Medalla de Plata de Alfonso XIII.

Incorporado a su nuevo destino ocupa la cátedra de Matemáticas de nuestro Instituto de 2.^a Enseñanza, que en esta primera década del siglo actual tuvo un cuadro de Catedráticos de gran prestigio nacional, formando esa élite de intelectuales que se llamó generación del 98.

El 16 de Octubre de 1905 contrae matrimonio con Doña Ana González Soriano, dama de grandes virtudes y simpatías, y de ilustre familia.

El 28 de Diciembre de 1908 se le nombra vocal de la Comisión Técnica de la Junta Provincial de Instrucción Pública.

Por R. O. de 23 de Septiembre de 1911, se le nombra Director del

Instituto y del Real Colegio de Nuestra Señora de la Asunción, cargo que había quedado vacante por fallecimiento de Don Ramón Cobos Sampedro.

El 9 de Febrero de 1912 le nombran Presidente honorario de la Federación Nacional Escolar.

El 28 de Marzo de 1912, se le designa socio de número de la Real Sociedad Cordobesa de Amigos del País, y el 21 de Diciembre miembro numerario de esta Real Academia.

En el año 1923 es proclamada la Dictadura Militar, y con este motivo se reorganiza el Ayuntamiento bajo la Presidencia de Don José Cruz Conde, y es nombrado Concejal del mismo Don Agilio Fernández, y pocos años después fue primer Teniente de Alcalde.

En el año 1931 y con motivo de la proclamación de la República, hubo un relevo total de cargos directivos en la Nación, por lo que presentó la dimisión de la Dirección del Instituto, que había desempeñado ininterrumpidamente durante veinte años.

El 9 de Noviembre y por concurso de méritos es designado profesor de Matemáticas y Física de la Escuela Superior de Veterinaria, y el 9 de Octubre de 1934 pasa a la situación de retirado por cumplir la edad reglamentaria, falleciendo en Córdoba el 6 de Noviembre de 1941.

Fue abuelo materno de nuestro recipiendario Don Aureliano González Francés, nacido en Cuenca el 16 de Junio de 1844, hermano segundogénito del ilustre e inolvidable Magistral Don Manuel González Francés. Cursó la primera y segunda enseñanza con brillantes notas en aquella ciudad, trasladándose a Granada al lado de su hermano Manuel que en aquel entonces era Rector del Sacromonte, y donde cursó los estudios de la carrera de Derecho Civil y Canónico, que continuó en Córdoba donde su hermano, en brillantes oposiciones, acababa de ganar la canongía Magistral.

Por aquel entonces comenzaba a fraguarse la insurrección carlista, y el Brigadier Don Manuel López y Caracuel, fue designado por Don Carlos, Comandante General de la Provincia de Córdoba, fundando en el año 1869 un periódico titulado EL MEDIODIA, y entre sus cuatro redactores figuraba Don Aureliano. El 21 de Junio de 1871 obtuvo el grado de licenciado en Derecho Civil y Canónico por unanimidad de votos en la Universidad de Sevilla, e inmediatamente le nombraron vocal secretario de la Junta Provincial secreta de Guerra en Córdoba, constituyéndose en abogado defensor de todos los carlistas presos por sus ideas políticas.

Aficionado a la literatura, fueron muchas y de gran valía, las muestras que dió de su fecundidad como poeta, y sobre todo como poeta lírico, admirador de las glorias de la religión y de la patria. En sus innumerables composiciones inéditas y en las improvisaciones sin cuento, distinguióse siempre, por la oportunidad de los conceptos, lo galano de la dicción y la fluidez de la frase. Frecuentaba las reuniones literarias del Barón de Fuente de Quinto donde cierto día, que hicieron sobre tema elegido una improvisación poética, venció a nuestro gran poeta Fernández Grilo. En esta primera época tuvo un accesit en el certamen literario de 1871 de la Juventud Católica por su leyenda Azzahara y al año siguiente mención honorífica por su poesía LA BATALLA DE MUNDA en los Juegos Florales.

Comenzada la Guerra Carlista, marcha con su hermano Don Manuel a Navarra, incorporándose seguidamente al Ejército de Operaciones, donde llegó a obtener el empleo de Teniente Coronel, siendo distinguido con la Cruz del Mérito Militar, y las Medallas de Montejurra, Somorrostro y Bilbao. Su hermano Don Manuel incorporado el clero castrense, llegó a desempeñar la Vicaría General del Ejército cuando dimitió el Obispo Manterola.

Terminada la campaña en 1876, marchan los dos hermanos exilados a Bayona, donde se acojen al indulto general y regresan a Córdoba. En Diciembre de este año oposita a Notarías, y en brillantes ejercicios consigue la plaza vacante en Chiclana. El 28 de Enero de 1878 contrae matrimonio con Doña Purificación Soriano Barragán, dama de noble familia de Alanis (Sevilla), y que residía en Córdoba desde hacía pocos años. Fue la hija mayor de este matrimonio Doña Ana González Soriano, nacida en Chiclana el 26 de Agosto de 1880. En el año 1883 y por concurso de traslado es designado Notario de Córdoba.

En esta fase de su vida, compaginó sus deberes forenses con sus aficiones literarias. Obtiene Mención Honorífica por su leyenda ALMANZOR en el certámen que en el año 1883 celebró la Sociedad Económica de Amigos del País, y al siguiente año fue premiado con el título de Socio de Mérito y Cruz de Oro por la Academia de Montreal de Tolouse, por su ROMANCE IMITACION DEL SIGLO XIII. Pocos años después y a los 44 de edad el 21 de Mayo de 1889, fallece en Córdoba. El 19 de Julio de 1897 es nombrado académico numerario de la Real de Córdoba el Magistral Don Manuel González Francés.

Dos hechos me vais a permitir que recalque en estas dignísimas biografías familiares. Uno de ellos es de carácter demográfico. Ved cómo,

de dos troncos castellanos, uno de las montañas de León, y otro de Cuenca, viene a formarse en Córdoba una familia que consideramos como netamente cordobesa. Una vez más se ha repetido el fenómeno racial, tan importante en la Historia Universal, con relejo cierto en la peninsular, de que la población tiende a marchar de las tierras duras y pobres, a las ricas y feraces. Allí se han conservado los troncos puros, acaso por siglos. El país rico los asimila, los digiere, los hace suyos y los disuelve en la vida fácil y mollar de la riqueza y el galano vivir.

El otro hecho que quiero destacar es de personal sentimentalismo. El hoy Teniente Coronel del Regimiento de Artillería de la plaza, ya maduro y erudito, dedicado entre sus quehaceres oficiales, al estudio de los castillos de la provincia, de los que está haciendo detallada descripción y brillante historia, siente el remordimiento de que allá en la juventud, en los avatares de la guerra que ensangrentaba el suelo patrio, hubo de ordenar un mal día que se enfilaran los cañones de su batería contra la grandiosa torre del castillo de Belalcázar, en la cual se escondía el pérfido enemigo, y teme que le hubiera podido causar algún desperfecto al berroqueño y fortísimo monumento. Y aunque en días de paz y sosiego lo hemos visitado juntos muchos años después, y ciertamente no hemos podido comprobar en sus recios muros de granito, ofensa manifiesta de aquella acción artillera, le hubieran servido en todo caso a la imponente fortaleza, para aumentar en su hoja de servicios a la Patria, las cicatrices que, unidas a las inferidas por ingleses y franceses en anteriores duelos bélicos, llenarían su cuerpo de honrosas condecoraciones, como las que se prende en el pecho de los héroes tras ineludibles batallas redentoras.

Pero hoy, el erudito Teniente Coronel de Artillería viene en defensa de los castillos, que no están combatidos por fiero enemigo, sino por aquellos otros solapados y traidores, que son el tiempo, los meteoros, la barbarie de las gentes, la incultura ambiente, la destrucción sistemática a veces por aquellos mismos a quienes la vecindad o la ley creyó que podrían ser fieles guardadores y se convierten en depredadores letales.

De este mismo Castillo de Aguilar que estudia el académico novel, se nos escapan ayes de dolor, recapacitando que de su estructura mudéjar, llegada al pasado siglo XIX casi íntegra, un falso sentido de la renovación de los pueblos, por desgracia todavía compartido por muchas gentes, motivó su demolición completa para aprovechar sus materiales en el enlosado de las calles, en la construcción de una plaza pública ochavada, por cierto bellísima, en la de una torre de reloj y en otras renovaciones de la villa. Luego ya en nuestros días, apesar de legislación protectora y

terminante, como en otros de la provincia, se ha excavado su plaza de armas para construir el depósito de aguas de abasto a la población, continuando la obra desoladora.

Pero no hemos venido a llorar sobre ruinas. Queremos entonar hoy el himno triunfal de la resurrección de los castillos, solares de la raza, cimiento de nuestra historia, asentamiento de los más gloriosos avatares patrios.

Porque no he de recordaros que esa hermosa teoría de castillos que señorean las cumbres de nuestra provincia, en la Sierra y en la Campiña y que son tantos como poblaciones de importancia tiene este antiguo Reino de Córdoba, muchos más del medio centenar, de poco tiempo a esta parte parece que empiezan a ser atendidos, algo cuidados, y sobre todo con muchas esperanzas de defenderlos y reconstruirlos, en cuya campaña no es poco la que viene ejerciendo en toda España la Asociación de Amigos de los Castillos dirigida aquí en Córdoba por el prestigioso médico, honor de la ciudad y compañero de Academia Don Enrique Luque y Ruíz.

El dato más reciente a señalar es el del castillo de Belmez, del cual hizo el Estado una reparación de sostén no hace muchos años, pero al que el alcalde actual de aquella villa, el conocido popularmente en toda España como "el alcalde del millón", ha dedicado veinte mil duros del logrado premio, con ánimo de proseguir la obra hasta restauración completa.

La habilitación para vivienda del castillo de Montemayor por su propietario el Duque de Frias, en cuanto descendiente de los Condes de Alcaudete, la restauración del castillo de Espejo por la Duquesa de Osuna, que ha celebrado en él sonadas fiestas familiares; y la reciente obra necesaria de conservación en el de Iznájar por los propietarios Condes de Luque; la cuidada restauración que desde principios de siglo acometió el Conde de Torralba en el castillo de Almodóvar seguida por su descendiente el Marqués de la Motilla, y muy últimamente la adquisición del castillo de Bujalance por el propio Ayuntamiento de aquella ciudad, hacen concebir fundadas esperanzas de que ha comenzado para los castillos cordobeses la reivindicatoria obra de su salvación.

Tarea previa para la defensa material es la de recoger cuantos antecedentes históricos y artísticos se puedan alcanzar para cada castillo, y esta tarea la ha acometido con denuedo casi castrense el académico que hoy recibe la medalla.

Ha iniciado sus trabajos de esta índole, cuando, paseándose, como

buen estratega, sobre el plano de los alrededores de Córdoba hecho con fotografía aérea, descubrió en los llanos de la Albaida un recinto murado, en total ruina, más pequeño que Medina Azahara pero de análogas proporciones. No puedo seguir paso a paso sus trabajos ya extensos sobre este yacimiento en el cual ha iniciado trabajos de excavación la Diputación Provincial, extrayendo capiteles califales de subidísimo valor. Pero el iniciador, señor Fernández y González, y quienes le seguimos de cerca, estamos seguros de que ha sido descubierto el palacio visigodo construido por el Duque Teudefredo y en el que nació el famoso Rey de España, Don Rodrigo, Duque de Córdoba hasta alcanzar la corona, y sobre cuyo efímero reinado de un año escaso han volcado todas sus injusticias los cronicones y leyendas patrios.

Luego estudió el castillo de Almenara, cercano a Palma del Río, en el límite de nuestra provincia con la sevillana, después hizo la monografía del esbelto castillo de Luque, y ahora ha tomado por asalto los restos del castillo de Aguilar.

Ya lo habeis oído. En medio de feraces campos y en privilegiada situación estratégica, la población que se llama Aguilar desde el siglo XIII, ha pasado por todos los avatares de la historia peninsular, desde su lejanísima creación prehistórica.

Utillaje lítico de los primeros tiempos de la humanidad, cerámicas de todas las épocas posteriores, fundaciones ciclópeas tartésicas, restos fenicios y griegos, murallas romanas y árabes, señoriales mansiones mudéjares, todo ha sido aventado por el paso de los siglos y las luchas de los hombres en el castillo de Aguilar.

Y con el mismo torbellino cronológico que apenas ilustran los estratos que estudia la arqueología, una mezcla de apelativos. En los primeros tiempos del bronce, que otros llaman eneolítico, hacia 2.500 años antes de Cristo, cuando se puede empezar a hablar de verdaderos núcleos urbanos, parece se llamó Arialduna o Arialduno, por los tiempos turdetanos. Con influencias fenicias unos mil años antes de Cristo, en pleno imperio tartésico, pudo llamarse Ipagro, que los griegos vocalizaron Epagro. Y al llegar la dominación romana, 206 años antes de Cristo, la dulzura latina convierte el nombre en Hispalim o Hispalis y así es nombrada hasta que los árabes hacen del Hispalim un Hisn-Balay, porque desconocen la letra P. Por eso en la reconquista cristiana es denominada Poley, recuperando el sonido borrado por la lengua árabe. Se llama al fin Aguilar, lo habeis oído en el discurso de mi adalid, cuando el rey de Castilla Alfonso X el Sabio lo fortifica y repuebla. Y aunque en las luchas

fratricidas de Pedro el Cruel con su hermano Enrique de Trastámara, casi un siglo después, quiere mudarle otra vez el nombre de Montereal, ya perdura el de Aguilar, que pasa a ser el cognomen de los Fernández de Córdoba, definitivos señores de la villa.

Dice muy bien Fernández y González que en este altivo monte donde se yergue Aguilar se asientan fundamentales hechos de la historia patria. Yo evoco dos, que han hecho fuerte impacto en mi memoria, cada vez que me enfrento al trágico picacho de argamasa que pregona todavía la altivez del castillo morisco, conservando como impronta de su hechura un arranque de bóveda gótica del siglo XIV. Permitidme que por su importancia los repita.

Uno de esos recuerdos históricos es de época árabe. Abdaláh un viejo emir cordobés, en la segunda mitad del siglo IX se ve acosado dentro de los muros de la capital por ejércitos coaligados de antiguos españoles, más o menos islamizados. Son los muladies que acaudilla el terrible Omar ben Hafsun, el Pelayo del sur, que vienen a clavar de noche sus venablos en la Puerta del Puente, en arrogante desafío al poder central. Desde Córdoba hasta el mar, ese rebelde es dueño de toda Andalucía meridional y marinera, y tiene su nido de águilas en un castrejón de los montes de Málaga, que todavía llama el vulgo el Castillo del Rey.

Abdaláh se decide al fin a dar la batalla al rebelde, quien le espera en Aguilar con fanfarrona valentía. Separados por ese río salado de Aguilar, cuyas salinas todavía se explotan, el emir cordobés, sentado dentro de su tienda de campaña, la clásica tienda de lona blanca con merlones azules que señala la realeza, pasa y repasa entre sus dedos las oraciones de su rosario (porque rosario han tenido casi todas las religiones del mundo, para regla nemotécnica de sus rezos, aunque de factura distinta al que fundara nuestro Santo Domingo). Y cuando vienen los generales sudorosos a rogar al soberano que se muestre ante sus soldados para infundirles ánimos con supresencia, Abdaláh inmutable, sigue pasando cuentas entre sus dedos, y musita: El único vencedor es Aláh, y si él nos ayuda venceremos. Vence al fin. El rebelde huye afrentosamente.

Pero es más emocionante a nuestro corazón de españoles la rebeldía de Alonso Fernández Còronel, noble castellano a quien Pedro el Cruel entrega el castillo de Aguilar en uno de tantos avatares de las luchas nobiliarias de nuestra Edad Media. Pero en otro vaivén de la fortuna, el vasallo se rebela, por causas muy distintas. ¿No será una de ellas la que recoge la leyenda sevillana de Doña María Coronel estuprada por Don Pedro? Y cuando viene el rey ante Aguilar, y tras un sitio denonado asalta el castillo, el

noble castellano que recoge la espada del vencido Don Alonso, le dice: Cuánto me pesa la porfía que tomásteis. Y sale entonces de labios del castellano vencido aquella frase que supera todos los decires históricos de nuestro país: Esta es Castilla, que así hace los hombres y los deshace. Porque Aguilar, ese entrañable pedazo de tierra cordobesa, era entonces sillar de castellanía, a rancio estilo. Y aún queda otra frase lapidaria: Ahora solo queda morir apuestamente como corresponde a un caballero. E inmediatamente es degollado ante el rey.

Estos ligeros datos, que yo esbozo, y que Fernández y González nos ha leído casi en extracto, constituyen el resumen del discurso que tenía preparado, con amplia descripción, y sobre todo con documentación original interesantísima, de todo lo cual hace gracia al atento auditorio para no fatigarlo. Pero las luchas nobiliarias de la baja Edad Media, de las cuales son juguete muchas veces los propios reyes de León y Castilla, las cesiones, ventas, donativos, cambios y quites de castillos, villas y ciudades, constituyen para cada lugar una maraña histórica que hay que perseguirla a través de documentación original, la cual en este caso ha sido lograda por el nuevo académico, constituyendo un grueso libro que verá la luz en no lejano día, y del que os ha ofrecido solamente un antológico ramillete.

Piedras venerables del castillo de Aguilar, que en la sangre española que infiltró vuestros poros, tenéis incrustadas todas las epopeyas de la raza. Este buen caballero, español por cordobés, que hoy entra en nuestra Academia, y del cual me ha cabido la honra de darle el espaldarazo de la erudición solariega en nombre de la vieja corporación, ha recogido en su discurso todas las glorias y desventuras que sufrísteis, en la espera de un alborozador resurrexit. Sed bienvenido, Ilmo. señor.